

CRÓNICA *de la parroquia*

ALANGASÍ



Cronistas de la parroquia:

Orfelina Andrango, Iván Atahualpa, José Atahualpa, Jaime Paucar, Juan Carlos Morocho, Jenny Chuquimarca, Tomás Cuichán, María Angélica Erazo, Vicente Ibarra, Luis Alquina, Cecilia Vallejo.

Equipo gestor:

Leonardo Zaldumbide, Daniel Rivera, Natalia Rivadeneira, Sebastián Borja, José Roldán. En colaboración con Rafael García Díaz.

Abril de 2023

RESUMEN

Tal como sucedió con otras poblaciones del Valle, el territorio alangaseño se parceló dando paso a una geografía determinada por la gestión poblacional a través de tributos y trabajo forzado. Esta primaria división territorial fue dando paso, a caballo entre la Independencia y la República, a una geografía determinada por las relaciones de poder y subsistencia entre cambios de dueños de haciendas y fundos.

Muchos de los antiguos sirvientes de las haciendas tuvieron que replegarse hacia territorios más altos para configurar barrios y comunas que los alejen de las disputas por las tierras de los centros poblados del Valle. El desarrollo de la ciudad, desde mediados del siglo XX, complicó aún más la situación de los pobladores de las zonas rurales cercanas; la especulación por la tierra y la búsqueda de terrenos para el veraneo generaron una geografía disputada también por capitales inmobiliarios.

Sin embargo, y a pesar de todas las dificultades, la población alangaseña aún se regocija entre sus fiestas y celebraciones. Aún a pesar de la cercanía a Quito, Alangasí es aún un reducto de paz a los pies del Ilaló.

Palabras clave: Ilaló, fiestas, rucos, diablos, haciendas.

Cobijada por la belleza del Volcán Ilaló

-Hay un cuco en el Ilaló

-¿Por El Tingo?

-No

-¿Por la Merced?

-No

-Por dónde, pes. No se haga el misterioso...

-Por el lado de Angamarca.

**Hernán Rodríguez Castelo en La
Historia del fantasma de las gafas verdes
(1987)**

En 1987, Hernán Rodríguez Castelo, narrador, crítico y habitante de Alangasí, escribió una de las novelas infantiles más representativas de la literatura ecuatoriana. En ella contó la historia de un pequeño fantasma que daba sus primeros pasos entre las comunas y quebradas alangaseñas. La novela transcurre entre El Tingo, Angamarca y la Cruz del Ilaló; explora los ritos de muertos, el Corpus y la Semana Santa de la parroquia. Hernán Rodríguez, más allá del relato mismo, buscó mostrar al mundo las bellezas físicas y culturales de este enclave quiteño. Los elementos relatados en la pequeña novela, a casi 40 años de su publicación, aún se mantienen presentes en la cotidianidad de los parroquianos.

Un habitante de tiempos remotos

En 1928, el paleontólogo Franz Spillman encontró en Alangasí, en el sector de Urcuwayco, los restos de un mastodonte que, en tiempos lejanos, habría pastado en las fértiles tierras del Valle de los Chillos. El descubrimiento llamó la atención de la comunidad científica de la época

y de los moradores del Valle. En el cráneo del animal estaba incrustada una punta de flecha de obsidiana. El descubrimiento apuntaló la hipótesis de que en el sector del Ilaló convivieron, en tiempos muy remotos, grupos de recolectores y cazadores con ejemplares de megafauna. Lamentablemente, el mastodonte de Alangasí se quemó en un incendio acaecido en la Universidad Central; de todas formas, la impronta de este descubrimiento permanece en los recuerdos de los pobladores del sector. Tanto es así que en el parque central de la parroquia y en el ingreso al Tingo se encuentran representaciones de este animal.

Más allá de lo vistoso de este descubrimiento, los elementos líticos y utilitarios como flechas, puntas, punzones y cuchillos encontrados en el Ilaló por Bell o Salazar, confirmaron la idea de que, en el sector, en el sitio denominado El Inga, existieron asentamientos humanos muy antiguos (14 000-3 900 A.C) (Aveiga, M, 2011, p.33).

Las poblaciones que han vivido a los pies del Ilaló se han beneficiado de la benevolencia del clima y de la fauna que otrora era abundante. También hay que mencionar la enorme importancia ritual y utilitaria que tuvieron las fuentes termales que brotan en los flancos del coloso que, en tiempos de los incas, ya se habrían aprovechado en baños termales y ceremoniales (Peralta. E, 2007, p. 457).

La parroquia lejana

Alangasí fue parte de una serie de antiguos poblados o señoríos étnicos que, en la época hispana, configuraron una geografía productiva y de ordenamiento poblacional en el sector. En las visitas de 1598 se menciona, por ejemplo, que en el sector del Valle ya existían 6 poblados estables, entre ellos, Alangasí, que contaba con 200 habitantes. Rodríguez Docampo menciona a los seis poblados del Valle: Alangasí, Urin Chillo, Anan Chillo, Conocto, Uyumbicho y Píntag (Salomon, 2011).

Para el siglo XVIII, la población se había consolidado y el número de indígenas tributarios era estable. Gran parte del actual Alangasí era una doctrina dominica, de tal forma que cuando se convirtió en parroquia eclesiástica, en 1832, se le llamó Pueblo Angélico de Santo Tomás de Alangasí.

A mediados del siglo XIX, la población logró convertirse en parroquia civil, específicamente en 1861. Para entonces, toda la zona del Valle se había parcelado en grandes haciendas y fundos que cambiaban de manos entre la Iglesia y las nuevas élites asentadas en los procesos de independencia. Importantes fueron las haciendas de El Colegio, Ushimana, Chillo Compañía, Itulcachi o Chillo Jijón.

La actual población de Alangasí es producto de la parcelación de estas haciendas durante los procesos de reforma agraria, de las migraciones poblacionales de Quito al Valle y de la consolidación del sector como un polo turístico a partir de los años 70 del siglo XX. Esto trajo procesos de división interna entre antiguos barrios y sectores de la parroquia. La Merced, por ejemplo, dejó de ser un barrio de Alangasí en 1964 para constituirse en parroquia, mientras que otros sectores como El Tingo, Angamarca y Alangasí comuna afianzaron iniciativas comunales.

Las comunas

Christiana Borchart (1998) analiza la disputa de tierra en el sector de los Chillos desde el siglo XIX. Ella considera que algunos residentes de las haciendas que se parcelaron en el sector empezaron a replegarse hacia el Ilaló como una estrategia de subsistencia. A inicios del siglo XX, estos nuevos residentes parcelaron las tierras de ladera y constituyeron la “Comuna Pueblo de Alangasí”. Entre los barrios parcelarios también surgieron conflictos de linderos y nuevas comunas en El Tingo, Angamarca o La Merced (San Francisco de Baños). A fines del siglo XX, junto al barrio central, habían surgido 10 barrios: Jerusalén, San Juan Loma, Sanjaloma, San Vicente, Movimiento, La Concepción, Central, 2 de Febrero, La Unión y Ushimana.

A fines del siglo pasado se afianzaron los ejes turísticos del Valle en zonas como el Tingo o La Merced. En El Tingo, por ejemplo, que ya contaba con sus piscinas desde 1928, surgieron negocios relacionados al ocio y al turismo, como la venta de hornados en La Carpa Rosada de la señora Clemencia Pilaquinga. Estos emprendimientos se han ido multiplicando y extendiendo a lo largo del Valle, configurando nuevas tradiciones gastronómicas y estrategias comerciales. Otros espacios comunales como Angarmarca han permanecido más integrados a la cabecera parroquial mediante la participación activa en fiestas y ceremonias religiosas.

Las Fiestas

Alangasí es una parroquia con un enorme y diverso calendario festivo. Desde los pases del Niño, hasta Navidad, los parroquianos y comuneros articulan el sentido de sus vidas a la fiesta. La Semana Santa alangaseña es, sin embargo, una de las más importantes muestras de sincretismo religioso y cultural del Ecuador, lo que le ha valido el reconocimiento como Patrimonio Cultural Inmaterial Nacional.

Desde el Domingo de Ramos se desarrolla una gran cantidad de actividades que convocan a cucuruchos, abanderados, angelitos, almas santas, turbantes, soldados romanos, apóstoles, santos varones y muchos otros personajes que bailan e interpretan papeles dentro de una vivaz escenificación del sacrificio de Cristo. La población, con roles determinados, construye lo que llaman un cuadro vivo de la pasión.

Los diablos de Alangasí



Leonardo Zaldumbide. Parte fundamental en la celebración de la Semana Santa alangaseña son los diablos que se toman la iglesia desde el Viernes Santo hasta el Sábado de Gloria. Alangasí, 2023.

De entre todos los personajes, destacan los diablos. Don Tomás Cuichán, capataz de diablos, destaca algunos elementos que pueden resultar extraños a los visitantes que desconocen el sentido de la fiesta: en primer lugar, los diablos deben ser parroquianos selectos. Muchas veces son personas cumpliendo roles hereditarios. Son personajes profundamente católicos, capaces de asumir un papel fundamental en la recreación de los elementos de la fe cristiana. En segundo lugar, no se trata de una tradición novedosa, sino que se ancla a las antiguas diabladas

coloniales que, en este caso, se resignifica para cumplir un papel pedagógico vigente.

“En la quinta palabra, en la misa de tres horas, el padre comienza a manifestar que el mal está apagando el mundo. Ahí es donde los diablos se empiezan a sentir más poderosos y hacen de las suyas. Hay algunos que molestan, que hacen temblar las cosas. Cuando Cristo muere, ¿quién queda? El mal. Los diablos son los dueños de la iglesia hasta el Sábado de Gloria. Cuando Cristo Resucita, y el padre dice: “gloria, gloria”, los diablos huyen despavoridos y se lo cuelga para que todos vean que Dios ha vencido” (Cuichán, 2023).

El Corpus Christi alangaseño, es otra de las tradiciones consideradas patrimonio inmaterial del Ecuador. En esta fecha, de cada barrio sale a desfilar un grupo de personas disfrazadas de aya humas, aruchicos, rucos, sachas runas, mayoresales, danzantes, yumbos entre otros que acompañan a las imágenes de sus santos patronos al ritmo del pingullero al que se le llama “mama”. Hay priostes que, como los alcaldes, deben acoger a los visitantes y servir alimentos y bebidas a los danzantes. Las fiestas en Alangasí tienen que ver con el compartir y con la fe. Son espacios de integración profunda en los que los habitantes dejan en el baile o en las procesiones todo lo mejor de ellos. Otra fiesta importante es la de la Virgen de la Candelaria, la patrona del pueblo. A ella se le dedicaba todo: “hasta toros se hacían.”

Los actos rituales y políticos de la parroquia interpelaban a todos. Con el crecimiento poblacional, ahora eso es difícil. Un matrimonio o un entierro eran actos comunales en los que se bebía, se jugaba y se compartía. En el matrimonio indígena, por ejemplo, los novios enojados se presentaban a las familias previo a que se les cante el *mashalla*, es decir, una especie de consejos para el hombre. Para la mujer se cantaba el *cachunlla*. Le decían, por ejemplo: “Te has casado

hijito, ahora cumplirás con tu obligación”.

En toda la zona de los Chillos se practicaban juegos funerarios que tenían como objeto garantizar el buen acompañamiento a los dolientes y el alivio de los gastos propios del velatorio. Cuando alguien moría, toda la comunidad debía acompañar. Entre las amenidades más citadas destaca el “juego del borrego”:

“Mientras los deudos preparaban la casa que iba a recibir a los visitantes, unos encargados escondían un borrego vivo en las inmediaciones del pueblo. Luego, ya al calor de los tragos y la chicha, uno de los deudos pedía a un mayor que hiciera jugar. Se dividía a los participantes en dos grupos y se tostaban unos granos de maíz para que estén bien negros y se los mezclaba con otros sin tostar. Entonces se lanzaba a la suerte y los que obtenían más granos negros iban ganando. A los perdedores se les iban imponiendo penitencias; una de ellas era encontrar el borrego, otra podía ser pelar las papas, ponerse a cocinar, disfrazarse de morenos y volver tocando música o ir al cementerio en medio de la noche. La finalidad era ayudar a calmar las penas de los dolientes; ellos no participaban en el juego, solo veían. Entre juego y juego las personas llevaban algo de ayuda para el funeral: una botellita, unas cajas de cigarros, algo de comida o plata” (Paucar, 2023).

Las Comidas

Antes de la expansión urbana, la vida de Alangasí se relacionaba al campo. Ir a Sangolquí tomaba un par de horas y a Quito, todo un día; los trayectos se los hacía a pie o a caballo. Por tanto, lo que se consumía era lo que daba la tierra. Los platos tradicionales son básicamente combinaciones de granos y tubérculos: choclo, papas,

alverja, frejol, mellocos. También se consumía el zambo y el zapallo. *“Se hacían mucho las tortillas de papa. Por eso nos tienen de tortillas a nosotros. Dicen “tortillas” a los de Alangasí.”*

Como en toda comunidad andina, se consume el cuy, pero cada vez se ha vuelto un consumo más costoso, que ha ido dando paso al hornado de cerdo en fiestas y reuniones. Lo que no ha cambiado es la presencia de la chicha como eje gastronómico en todas las fiestas, aunque hoy en día, también se comparte cerveza y alcohol. Para las fiestas teníamos “la jora”. La jora se daba en las fiestas. Pues aquí toda fiesta tiene que ser con chicha, no es fiesta sin chicha.

Los granos no solo se consumían cocidos, también se preparaba con ellos guarniciones y sopas como el luchuapi, que es una crema que se hace de la harina de haba, de fréjol y de alverja. También, sobre todo en fiestas, se comparten los caldos de gallina, sopas de fideo con queso y la zarza de maní.

Con la masificación del turismo se han ido extendiendo platos que no eran muy comunes, como los hornados o los encebollados. Doña Jenny Chuquimarca, hija de Clemencia Pilaquinga, aún mantiene el tradicional restaurante La Carpa Rosada, pionero en la venta de hornado. En la actualidad, también ofrece caldo de gallina, yahuarlocro, menudo, caldo de pata, seco de chivo, cariucho, llapingachos y mote con chicharrón. El hornado del Valle, sin embargo, tiene una característica que lo vuelve único: su delicioso agrio, que es una salsa aguada y lampreada entre dulce y picante.

La vida

El acelerado crecimiento poblacional y el desarrollo urbanístico del Valle de los Chillos, prácticamente, han integrado las parroquias del sector a una megatrama urbana. Sin embargo, este desarrollo se ha producido con enorme violencia y rapidez.

Hasta mediados del siglo XX, la vida alangaseña era la vida de las haciendas, del huasipungo y el campo. Don Tomás Cuichán recuerda que su abuelo fue el último gobernador

de Alangasí. Frente a formas civiles de gestión poblacional como juntas o tenencias políticas, podían coexistir formas de organización comunitarias.

La vida era sencilla, no había calles asfaltadas o adoquinadas, toda la parroquia estaba recorrida por caminos de tierra. Doña María Angélica Erazo recuerda que, cuando era niña, apenas había unos años de escuela para los varones; las niñas no eran enviadas a la escuela. La gran mayoría de habitantes eran analfabetos.

La población, en general, se dedicaba a la agricultura y, buena parte de lo producido, se lo autoconsumía o se lo dedicaba a las fiestas. No había luz eléctrica y los alimentos se conservaban mediante el secado o la salazón. La población dormía temprano: se alumbraba con mecheros hasta el año 1958, en el que llegó la luz. Después también hubo agua en cada casa y dejaron de depender de los manantiales y quebradas. En el parque, niños y adultos se distraían en las tardes jugando; los grandes a la pelota nacional y los niños a las bolas o a los billusos. En el parque también se hacían las corridas de toros en honor a la Virgen. A las fiestas venían personas de todos los barrios caminando y se integraban a las celebraciones.

Es innegable que debe haber desarrollo y progreso; la Alangasí de hoy en día, poco tiene de aquel pequeño poblado rural de Quito. Sus habitantes, sin embargo, luchan para que ese progreso llegue respetando lo bueno que hubo y que todavía hay.

El traje de Ruco



Leonardo Zaldumbide. Iván Atahualpa luce su capa, sombrero, máscara y peluca de ruco alangaseño. Alangasí, 2023.

Cronistas Participantes

Orfelina Andrango: Moradora de Alangasí.

Iván Atahualpa: Bailarín de la Gallada Alangaseña.

José Atahualpa: Agricultor, obrero y bailarín. Ruco.

Jaime Paucar: Presidente de la Comuna San Pedro de El Tingo.

Juan Carlos Morocho: Presidente de la Comuna San Juan de Angamarca.

Jenny Chuquimarca: Dueña de los Hornados La Carpa Rosada.
Miembro del Comité Pro-Mejoras.

Tomás Cuichán: Capataz de los Diablos de Alangasí. Artesano.

María Angélica Erazo: Agricultora octogenaria de Alangasí.
Hija de Isaac Alberto Erazo, escribano de la parroquia.

Vicente Ibarra: Residente nonagenario de la parroquia.

Luis Alquina: Miembro de la Comuna Centro de Alangasí.

Cecilia Vallejo: Presidenta Comuna Alangasí Centro.

Referencias

- Andrade, G.(2016). *Las comunas ancestrales de Quito*. Universidad Andina Simón Bolívar.
- Aveiga del Pino, M. (2009). *La pasión de Jesús. Alangasí*. María Aveiga del Pino.
- Borchart. C. (1981). “El periodo colonial”. En Moreno S. (Ed.) *Pichincha. Monografía histórica de la región nuclear ecuatoriana*. Consejo Provincial de Pichincha.
- Del Castillo, R; Carofilis, P; Burbano, L. (1992). “Parroquias rurales del cantón Quito”. En Bustamante T. (Ed.) *Quito: comunas y parroquias*. Dirección de Planificación del Municipio de Quito.
- Ortiz, G.(2012). “Historia antigua del cantón Rumiñahui”. En Ortiz, A. (Ed.) *Memoria histórica del Cantón Rumiñahui*. Gobierno Autónomo Descentralizado del Cantón Rumiñahui.
- Peralta, E. y Moya, R. (2001). *Guía arquitectónica de Quito*. Trama.
- Rodríguez, H. (1987). *La Historia del fantasma de las gafas verdes*. Talleres Heredia.
- Rodríguez, R. (2009). *Aportes para el ordenamiento territorial de la parroquia Alangasí*. (Trabajo de titulación). PUCE.
- Salomon, F. (2011). *Los señores étnicos de Quito en la época de los Incas*. Fonsal.
- Tipán, F. (2009). *La cultura popular frente a la modernidad en el Valle de los Chillos parroquia Alangasí*. (Trabajo de titulación). PUCE.